

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

Teléfono La Uruguay

(Continued)

9. Guerrero, escrib. ac

542 - SARANDI - 546 - SAN JOSÉ DE RAYO

Telefono LA URUGUA YA

TODOS A PRECIOS MÓDICOS

JUAN GUTIÉRREZ

Por carteles, tarjetas de visita, participaciones de enlace, esquelas fúnebres, estampas de primera comunión y funerales, folletos y toda clase de trabajos tipográficos, visite el taller de **Los Principio**, instalado en la Calle 18 de Julio Núm. 506.

SAN JOSE DE MAYO

Yvette aceptó ingenuamente. Cogida del brazo pararon ante el grupo de matronas acaudaladas y respetables que rodeaban a las señoras Egery. La señora del banquero se inclinó de contrariedad al ver juntos a su hijo y a la prototipo de su marido. Aquel día de Guy sabía perfectamente que debía de aparecer ese día a la señorita de la Paule... Pero era muy independiente y sabía además que la espiritual Bertilde tenía desviado un

[illegible][illegible]

figuras, pareciendo ignorar al caballero.

La tia adiestra a quel europeo de re- reina
ven que se presta a las diversiones de su
tío. Después, mira al Bernardo Moral,
un indio indolente la luminé.

— ¡Basta! Es el medio buendo;
desabrazarse de Yvette... Andree y
conocuda me comprendi...!

A la sombra de un enorme manzano
bls sido colocado un sillón para Mme. de
Fagery. Esté, muy linda, barbilla con au
de la casa, se levanta para ir a la intencio
que quería hacer compaña. Al acercarse
la señor de la banquera, Mme. de la Fag
levantó sus languidesces párpados.

— Mi querida Cécile—dijo con grac
deja— ¿serás tan buena que me ayude
a ir a la casa?— Ella, rubia, se turba
málica, estremece y se levanta, como si
no, maldad. ¡Ya no puedo más!

Ambas ocultas parecían estar en
pre de cuenta acoer a en tal, aunque
un mat de superioridad por parte de M
Cécile, y otro de deferencia por parte
de la señora de la banquera. La mujer
de la banquera, envidia ardiente, con
arquitecto, verdadera gran seña por su
su elegancia y su belleza y que p me a
suficiente mandana más brillante, amista
más numerosas y un marido inteligente y

Sin embargo, en aquella ocasión, la se
de la banquera impuso silencio a las suce
tividades de su conocuda. A media ve

—Esperate, Blancan, y tomáste el tr de observar.

Andrea, que acababa de sentarse ju a su madre, oyó esas palabras. Guy e Y pasaron el resto del torbellino de la a para él el tercer baile, y también la tercera que acabó a baile fin justu.

—¿Has visto?—preguntó la seño brinquer.

—Sí, señor. Las mujeres cambiaron una r de miradas. Hában comprendido.

Entonces la señora d Ubbano de la fero señaló con un gesto a Barard. Mo que, adosado a una valla, contemplaba pensativo a la pareja.

—¿Qué muchacha? ¿Qué me dice d? ¿No es verdad que le conviene Yvette?

—Me parece... que, en efecto... tuel vagamunte Mue, de la Fagery.

Andrea, sentada sobre un rústico tal mto, con las bracas cruzadas sobre las ro, examinó como háta entonces al muchacho, más al rubio ateta de arquero, s, de regulares facciones, acunadas p nguez de la frente, que ensombrecían pupilas de un azul da acero, y por el os sentó proeminentemente sobre sus labios p fones.

—Con un bigote más largo se crearía a nuestro padre Rollán desembarcado Norte—pensó la autoridad de la Fagery.

—¿Has sido por tu desobediencia?—le preguntó el señor, que le faltaba al joven el pelo en la parte del cráneo.